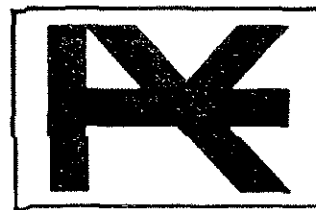


Sección: Clásicos

David Hume:
Investigación sobre el conocimiento humano

Traducción, prólogo y notas de
Jaime de Salas Ortueta

El Libro de Bolsillo
Alianza Editorial
Madrid



®

Parte I

No hay número mayor de razonamientos filosóficos desarrollados sobre cualquier tema que los que demuestran la existencia de una deidad y refutan los falsos argumentos de los ateos, y, sin embargo, los filósofos más religiosos aún discuten sobre si cualquier hombre puede estar tan ciego como para ser un ateo especulativo. ¿Cómo podríamos reconciliar estas contradicciones? Los caballeros andantes, que erraban por el mundo para librarlo de dragones y gigantes, nunca abrigaron la menor duda con respecto a la existencia de estos monstruos.

El escéptico es otro enemigo de la religión que (como es natural) provoca la indignación de todos los teólogos y filósofos más solemnes, aunque sea cierto que ningún hombre jamás se ha encontrado con una criatura tan absurda ni ha conversado nunca con nadie que no tuviera opinión o principio alguno acerca de cualquier tema de acción o de especulación. Esto da lugar a una pregunta muy razonable. ¿Qué se entiende por escéptico? ¿Y has-

ta dónde es posible apurar estos principios filosóficos de duda e incertidumbre?

Hay una clase de escepticismo *previo* a todo estudio y filosofía, muy recomendado por Descartes y otros como una excelente salvaguardia contra el error y el juicio precipitado. Aconseja una duda universal, no sólo de nuestras opiniones y principios anteriores, sino también de nuestras mismas facultades de cuya veracidad, dicen ellos, nos hemos [150] de asegurar por una cadena de razonamientos deducida a partir de algún principio original, que no puede ser falaz o engañoso. Pero ni hay tal principio original que tiene prerrogativa sobre todos los demás, que son evidentes por sí mismos y convincentes, o si lo hubiera, ¿podríamos dar un paso más allá de él si no fuese por el uso de esas mismas facultades en las que se supone que ya no tenemos confianza? La duda cartesiana, por tanto, si pudiera ser observada por criatura alguna (como claramente no lo es), sería absolutamente incurable y ningún razonamiento nos podría llevar jamás a un estado de seguridad y convicción sobre tema ninguno.

Sin embargo, hay que reconocer que esta clase de escepticismo, cuando se da de una forma más moderada, puede comprenderse en un sentido muy razonable y es un preparativo necesario para el estudio de la filosofía, al conservarse la debida imparcialidad en nuestros juicios y rescatar nuestra mente de los prejuicios que podemos haber absorbido por educación u opinión temeraria. Los únicos métodos por los que podemos esperar llegar alguna vez a la verdad y alcanzar la estabilidad y certeza debidas en nuestros razonamientos, son empezar por algunos principios por sí mismos claros y evidentes, avanzar con paso cauto y seguro, revisar frecuentemente nuestras conclusiones y examinar rigurosamente todas las consecuencias.

Hay otra clase de escepticismo, *consecuencia* de la ciencia y la investigación, que se da cuando se supone que los hombres han descubierto la naturaleza absolutamente engañosa de sus facultades mentales o la incapacidad de

éstas para llegar a una determinación fija en todos estos temas delicados de especulación, de los que comúnmente se ocupan. Incluso nuestros mismos sentidos son discutidos por cierta clase de filósofos y a la misma duda están sometidos los principios de la vida común así como los más profundos principios o conclusiones de la Metafísica y la Teología. Como estas doctrinas paradójicas [151] —si se pueden llamar doctrinas— y su refutación han de encontrarse en algunos filósofos, como es natural excitan nuestra curiosidad y nos hacen investigar los argumentos en que pueden estar fundados.

No necesito insistir sobre los tópicos más manejados, que utilizan los escépticos, en todas las edades, contra la evidencia de la *sensación*, tópicos tales como los que se derivan de la imperfección y naturaleza engañosa de nuestros órganos en innumerables ocasiones: la imagen quebrada de un remo en el agua, la diversidad de apariencia de los objetos según la variación de la distancia que nos separa de ellos, las dobles imágenes que se producen al cerrar un ojo, así como muchos otros fenómenos de semejante naturaleza. Estos argumentos escépticos, ciertamente, no sólo son suficientes para demostrar que no se debe depender implícitamente de los meros sentidos, sino que hemos de corregir su evidencia con la razón y por consideraciones derivadas de la naturaleza del medio, la distancia del objeto y la disposición del órgano, para hacer de dichos sentidos, en una esfera, los *criterios* adecuados de verdad y falsedad. Hay otros argumentos profundos contra los sentidos que no admiten una solución tan fácil.

Parece evidente que los hombres son llevados, por su instinto y predisposición naturales, a confiar en sus sentidos y que, sin ningún razonamiento, e incluso casi antes del uso de la razón, siempre damos por supuesto un universo externo que no depende de nuestra percepción, sino que existiría aunque nosotros, y toda criatura sensible, estuviéramos ausentes o hubiéramos sido aniquilados. Incluso el mundo animal se rige de acuerdo con esta opi-

nión y conserva esta creencia en los objetos externos, en todos sus pensamientos, designios y acciones.

Asimismo, parece evidente que cuando los hombres siguen este poderoso y ciego instinto de la naturaleza, siempre suponen que las mismas imágenes presentadas por los sentidos son los objetos externos, y nunca abrigan sospecha alguna de que las unas no son sino representaciones de los otros. Esta misma mesa que vemos blanca y que encontramos dura, creemos [152] que existe independiente de nuestra percepción y que es algo externo a nuestra mente que la percibe. Nuestra presencia no le confiere ser; nuestra ausencia no la aniquila. Conserva su existencia uniforme y entera, independientemente de la situación de los seres inteligentes que la perciben o la contemplan.

Pero la más débil filosofía pronto destruye esta opinión universal y primigenia de todos los hombres, al enseñarnos que nada puede estar presente a la mente sino una imagen o percepción, y que los sentidos sólo son conductos por los que se transmiten estas imágenes sin que sean capaces de producir un contacto inmediato entre la mente y el objeto. La mesa que vemos parece disminuir cuanto más nos apartamos de ella, pero la verdadera mesa que existe independientemente de nosotros no sufre alteración alguna. Por tanto, no se trata más que de su imagen, que está presente a la mente. Estos son, indiscutiblemente, los dictámenes de la razón y, ningún hombre que reflexione jamás habrá dudado que las existencias que consideramos al decir *esta casa* y *aquel árbol*, no son sino percepciones en la mente y copias o representaciones fugaces de otras existencias, que permanecen uniformes e independientes.

Por ahora, pues, estamos obligados por la razón a contradecir o alejarnos de los instintos primarios de la naturaleza y adoptar un nuevo sistema con respecto a la evidencia de nuestros sentidos. Pero, aquí, la filosofía se encuentra en grandes dificultades, cuando quiere justificar este nuevo sistema y eliminar las objeciones y excede el poder de la capacidad humana justificar este pretendido sistema filosófico con una cadena de objeciones y refuta-

ciones sofisticadas de los escépticos. Ya no puede alegar el instinto infalible e irresistible de la naturaleza, pues esto nos conduce a un sistema muy distinto, que se ha aceptado como falible e incluso erróneo. Y excede el poder de toda capacidad humana justificar este pretendido sistema filosófico con una cadena de argumentaciones clara y convincente, e incluso por cualquier apariencia de este argumento.

¿Por qué argumento puede demostrarse que las percepciones [153] de la mente han de ser causadas por objetos externos, totalmente distintos de ellas, aunque pareciéndose a ellas (si eso es posible), y no pueden surgir ni por la energía de la mente misma ni por la sugestión de algún espíritu invisible y desconocido, o por alguna otra causa que nos sea aún más desconocida? De hecho, se reconoce que muchas de estas percepciones, como en el caso de los sueños, la locura y otras enfermedades, no surgen de nada externo. Y nada puede ser más inexplicable que la manera en que el cuerpo debe operar sobre la mente para transmitir una imagen de sí misma a una sustancia, que se supone de tan distinta, o incluso contraria, naturaleza.

Es una cuestión de hecho la de que, si las percepciones de los sentidos pueden ser producidas por objetos externos que se asemejan a ellas, ¿cómo puede resolverse esta cuestión? Por experiencia, desde luego, como todas las demás cuestiones de semejante naturaleza. Pero, en este punto, la experiencia es y ha de ser totalmente silenciosa. La mente nunca tiene nada presente, sino las percepciones, y no puede alcanzar experiencia alguna de su conexión con los objetos. La suposición de semejante conexión, por tanto, carece de fundamento en el razonamiento.

Recurrir a la veracidad del Ser Supremo para demostrar la veracidad de nuestros sentidos es, desde luego, dar un rodeo muy inesperado. Si su veracidad estuviera implicada en esta cuestión, nuestros sentidos serían totalmente infalibles, porque no es posible que El pueda jamás engañar. Por no decir que, si se pusiera en duda el mundo externo, no sabríamos encontrar argumentos con los que

pudiéramos demostrar la existencia de aquel Ser o de cualquiera de sus atributos.

Esta es una cuestión, por tanto, en la que los escépticos más filosóficos y profundos siempre triunfarán cuando intenten introducir la duda universal en todos los temas de conocimiento e investigación humana. Ellos podrían decir: ¿Se siguen los instintos y propensiones de la naturaleza, al [154] asentir a la veracidad de los sentidos? Mas éstos le conducen a uno a creer que la misma percepción o imagen sensible es el objeto externo. ¿Se renuncia a este principio para adoptar una opinión más racional, a saber, que las percepciones no son sino representaciones de algo externo? Aquí se aleja uno de las propensiones y sentimientos más evidentes y, sin embargo, nunca se puede satisfacer la propia razón, que jamás encuentra un argumento convincente a partir de la experiencia, para demostrar que las percepciones están conectadas con objetos externos.

Otro tópico escéptico de naturaleza semejante, que se deriva de la filosofía más profunda, puede merecer nuestra atención, si fuera necesario arrojarse a tales profundidades para descubrir argumentos y razonamientos que puedan tener un objetivo serio. Es universalmente aceptado por investigadores modernos, que todas las cualidades sensibles de los objetos, como la dureza, la blandura, el calor, el frío, la blancura, la negrura, son meramente secundarias; no existen en los objetos mismos, sino que son percepciones sin arquetipo o modelo externo alguno que representar. Si se acepta esto, con respecto a las cualidades secundarias, también ha de ser válido para las supuestas cualidades primarias de extensión y solidez, y no pueden las últimas tener más derecho a esta denominación que las primeras. La idea de extensión es adquirida en su totalidad por los sentidos de la vista o de la sensación, y si todas las cualidades percibidas por los sentidos están en la mente y no en el objeto, la misma conclusión ha de ser válida para la idea de extensión, que depende totalmente de las ideas sensibles o de las ideas de cualidades secundarias. Nada nos puede salvar de esta

conclusión, sino afirmar que las ideas de estas cualidades primarias son alcanzadas por *abstracción*, opinión que, si la examinamos con rigor, encontraremos ininteligible, o incluso absurda. No puede concebirse una extensión que no sea tangible ni visible. Y una extensión tangible o visible [155] que no sea ni dura ni blanda, ni blanca ni negra, está igualmente allende el alcance de la mente humana. Que alguien intente concebir el triángulo en general, que no sea *isósceles* ni *escaleno*, ni tenga una determinada altura o proporción entre sus lados, y pronto percibirá el carácter absurdo de las teorías escolásticas sobre la abstracción de ideas generales *.

Así, la primera objeción filosófica a la evidencia de los sentidos o a la opinión en favor de la existencia externa, consiste en lo siguiente: que tal opinión es contraria a la razón si descansa en el instinto natural y, si se imputa a la razón es contraria al instinto natural y, al mismo tiempo, no comporta evidencia racional para convencer al investigador imparcial. La segunda objeción va más lejos y representa esta opinión como contraria a la razón, por lo menos, si es un principio de razón que todas las cualidades sensibles están en la mente y no en el objeto **. Despójese a la materia de todas sus cualidades inteligibles, tanto de las primarias como de las secundarias; en cierta manera se la aniquila, y sólo se deja como causa de nuestras per-

* Este argumento está sacado del doctor Berkeley, y ciertamente la mayoría de los escritos de aquel muy ingenioso doctor constituyen las mejores lecciones de escepticismo que pueden encontrarse en filósofos antiguos y modernos, sin excluir a Bayle. Sin embargo, mantiene en la portada, e indudablemente con mucha razón, haber escrito el libro en contra de los escépticos, así como contra los ateos y librepensadores (VI). Pero que todos sus argumentos, aunque tuvieran otra intención, son en realidad meramente escépticos, resulta evidente por lo que sigue: *no admiten contestación ni producen convicción*. Su único efecto es producir el asombro momentáneo, la irresolución y confusión, que son el resultado del escepticismo. (Berkeley es autor de *Three dialogues between Hylas and Philonous in opposition to sceptics and atheists*. Nota del Traductor.)

** Esta frase fue añadida en la edición R.

cepciones un *algo* desconocido, inexplicable, una noción tan imperfecta que ningún escéptico creerá que vale la pena contender con ella.

Parte II

El intento de los escépticos de destruir la *razón* con argumentos y razonamientos podrá parecer muy extravagante y, sin embargo, tal es el alcance de todas sus investigaciones y disputas. [156] Intentan encontrar objeciones, tanto para nuestros razonamientos abstractos como para los que conciernen a cuestiones de hecho y existencia.

La principal objeción contra todo razonamiento *abstracto* se deriva de las ideas de espacio y tiempo: ideas que, en la vida común y para quien no se preocupa por ellas, resultan muy claras e inteligibles, pero cuando son sometidas al escrutinio de las ciencias profundas, presentan principios que parecen llenos de absurdidad y contradicción. Ningún *dogma* clerical, inventado intencionalmente para domar y subyugar la razón rebelde de la humanidad, escandalizó tanto al sentido común como la doctrina de la infinita divisibilidad de la extensión, con sus consecuencias que todos los geómetras y metafísicos pomposamente despliegan con la exaltación de triunfadores. Una cantidad real, infinitamente menor que cualquier cantidad finita, conteniendo cantidades infinitamente menores, y así sucesivamente *in infinitum*; éste es un edificio tan atrevido y prodigioso que es demasiado pesado para que cualquier intento de demostración la sustente, puesto que repugna a los principios más claros y más naturales de la razón humana *. Pero lo que hace la cuestión aún

* Cualesquiera que sean las discusiones sobre puntos matemáticos, hemos de aceptar que son puntos físicos; esto es, partes de extensión que no pueden ser disminuidos o divididos ni por el ojo ni por la imaginación. Estas imágenes, pues, que están presentes a la imaginación o a los sentidos, son absolutamente indivisibles, y en consecuencia, han de ser admitidas por los matemáticos como infinitamente menores que cualquier parte real de la extensión y,

más extraordinaria es que estas opiniones, aparentemente absurdas, están apoyadas por una cadena de razonamientos, la más clara y la más natural, y no podemos admitir las premisas sin admitir las conclusiones. Nada puede ser más convincente y satisfactorio que todas las conclusiones [157] acerca de las propiedades de los triángulos y círculos, y sin embargo, una vez que éstas han sido aceptadas, ¿cómo podemos negar que el ángulo de contacto entre un círculo y su tangente es infinitamente menor que cualquier ángulo recto; que según se incremente el diámetro del círculo *in infinitum*, el ángulo de contacto se vuelve aún menor, incluso *in infinitum*, y que el ángulo de contacto entre otras curvas y sus tangentes puede ser infinitamente menor que los que hay entre un círculo cualquiera y su tangente y así sucesivamente *in infinitum*? La demostración de estos principios parece tan irrecusable como la que demuestra que los tres ángulos de un triángulo pueden equivaler a dos ángulos rectos, aunque la última opinión pueda ser natural y fácil, y la primera preñada de contradicción y absurdidad. Aquí la razón parece abocada a un cierto tipo de asombro y de vacilación, que la hace insegura de sí misma y del terreno que pisa, si no fuera por los escépticos. Ve que una intensa luz ilumina ciertos lugares, pero esta luz bordea la más profunda oscuridad; y entre lo iluminado y lo oscuro, está tan desconcertada y cegada, que apenas puede pronunciarse con certeza y seguridad sobre cualquier objeto.

La absurdidad de estas atrevidas determinaciones de las ciencias abstractas parece hacerse aún más palpable, si es posible, en el caso del tiempo que en el de la extensión. Un número infinito de partes reales de tiempo, que pasan sucesivamente y se agotan una tras otra, parece una contradicción tan evidente que —a mi juicio— ningún

sin embargo, nada parece más seguro para la razón que el que un número infinito de ellas constituya una extensión infinita. ¡Cuánto más un número infinito de aquellas partes infinitamente pequeñas de la extensión, que aún se suponen infinitamente divisibles!

hombre cuyo juicio no estuviese corrompido en lugar de mejorado por estas ciencias, jamás podría admitirla.

Sin embargo, aún ha de permanecer la razón inquieta y agitada, incluso con respecto al escepticismo a que se ve conducida, por estos aparentes absurdos y contradicciones. Es absolutamente incomprensible cómo una idea clara y distinta puede contener caracteres que la contradicen a ella misma o a cualquier otra idea clara y distinta, y quizá sea una proposición tan absurda como cualquiera [158] que pueda formarse. De modo que nada puede ser más escéptico ni más lleno de duda y vacilación, que el escepticismo mismo que surge de algunas de las conclusiones paradójicas de la geometría o de la ciencia de la cantidad *.

* No me parece imposible evitar estos absurdos y contradicciones si se admitiese que no hay tal cosa como ideas generales y abstractas, hablando con propiedad, sino que todas las ideas generales son, en realidad, particulares, vinculadas a un término general, que recuerda en determinados momentos otras ideas particulares que se asemejan en ciertos detalles a la idea presente en la mente. Así, cuando se pronuncia el término «caballo», inmediatamente nos figuramos la idea de un animal blanco o negro, de determinado tamaño y figura; pero como ese término usualmente se aplica a animales de otros colores, figuras y tamaños, estas ideas, aunque no actualmente presentes a la imaginación, son fácilmente recordadas y nuestro razonamiento y conclusión proceden como si estuvieran actualmente presentes. Si se admite esto, como parece razonable, se sigue que todas las ideas de cantidad sobre las que razonan los matemáticos no son sino particulares y, como tales, son sugeridas por los sentidos y la imaginación, y en consecuencia no pueden ser infinitamente divisibles **. Es suficiente, por el momento, haber hecho esta alusión, sin desarrollarla más. Desde luego, concierne a todos los amantes de la ciencia no exponerse al ridículo y desprecio del ignorante por sus conclusiones, y ésta parece la solución más fácil de sus dificultades.

** Ediciones E y F insertan: En general podemos dictaminar que las ideas *mayor*, *menor* o *igual*, que son los principales objetos de la geometría, están lejos de ser tan exactas y precisas como para ser el fundamento de tan extraordinarias inferencias. Pregúntese a un matemático lo que quiere decir cuando declara que dos cantidades son iguales, y ha de contestar que la idea de *igualdad* es una de aquellas que no puede definirse, y que es suficiente colocar dos cantidades iguales ante cualquiera para sugerirla. Ahora bien, ésta es una apelación a las apariencias generales de los objetos, a la imaginación y a los sentidos, y por consiguiente, nunca puede permitir conclusiones tan directamente contrarias a estas facultades.

Las objeciones escépticas a la evidencia *moral* o a los razonamientos acerca de cuestiones de hecho son o *populares* o *filosóficas*. Las objeciones populares se derivan de la debilidad natural del entendimiento humano, las opiniones contradictorias que se han tenido en distintas edades y naciones; las variaciones de nuestro juicio en la enfermedad y en la salud, en la juventud y en la vejez, en la prosperidad y en la adversidad; la perpetua contradicción de las opiniones y sentimientos de cada hombre, con muchos otros tópicos de esa clase. Es inútil insistir más en este punto. Las objeciones no son más débiles. Pues, como en la vida común razonamos en todo momento acerca de hechos y de lo que existe y no podemos subsistir sin emplear continuamente esta clase de argumento, cualquier objeción popular, derivada de aquí, ha de ser insuficiente para destruir esta evidencia. El gran subversor del *Pirronismo* o de los principios excesivos del [159] escepticismo, es la acción, la ocupación y los quehaceres de la vida común. Aquellos principios pueden prosperar y triunfar en las escuelas donde, desde luego, es difícil si no imposible refutarlos. Pero tan pronto como abandonan la sombra y, en virtud de la presencia de objetos reales que activan nuestras pasiones y sentimientos, son opuestos a los más poderosos principios de nuestra naturaleza, se desvanecen como el humo y dejan al escéptico más decidido en la misma condición que los demás mortales.

El escéptico, por tanto, ha de mantenerse en su esfera propia y exponer las objeciones *filosóficas* que surgen de sus investigaciones más profundas. Aquí parece tener un amplio campo para triunfar, mientras insista fundadamente en que toda nuestra evidencia en favor de cualquier cuestión de hecho, que está allende el testimonio de los sentidos y de la memoria, se deriva totalmente de la relación causa y efecto; que no tenemos más idea de esta relación que la de dos objetos que han estado frecuentemente *conjuntados*, que no tenemos ningún argumento para convencernos de que los objetos, que han estado en nuestra experiencia frecuentemente conjuntados, estarán asimismo en otros casos conjuntados de la misma manera,

y que nada nos conduce a esta inferencia sino la costumbre o cierto instinto de nuestra naturaleza que, desde luego, puede ser difícil de resistir, pero que, como otros instintos, puede ser falaz y engañoso. Mientras el escéptico insiste en estos argumentos, muestra su fuerza, o más bien su y nuestra debilidad, y parece, por lo menos por un tiempo, destruir toda seguridad y convicción. Estos argumentos pueden exhibirse en mayor extensión, si algún bien o beneficio durable para la sociedad se puede esperar de ellos.

Pues aquí está la principal y más embarazosa objeción contra el escepticismo *excesivo*, que no puede resultar de él ningún bien duradero mientras permanezca en toda su fuerza y vigor. Sólo tenemos que preguntar a un escéptico *cuáles son sus intenciones y qué se propone con todas sus investigaciones sutiles*. [160] Inmediatamente se desconcierta y no sabe qué contestar. Un copernicano o ptolomeico, cada uno de los cuales apoya un sistema distinto de astronomía, puede esperar crear una convicción que permanecerá constante y duradera en su auditorio. Un estoico o un epicúreo expone principios que pueden no ser duraderos, pero que pueden influir en la conducta y el comportamiento. Pero el pirroniano no puede esperar que su filosofía tenga influjo constante sobre la mente, o si lo tuviera, que fuera su influjo beneficioso para la sociedad. Por el contrario, ha de reconocer, si está dispuesto a reconocer algo, que toda vida humana tiene que acabar, si sus principios prevaleciesen universal y constantemente. Inmediatamente se acabaría todo discurso y toda acción, y los hombres quedarían sumidos en un sueño absoluto hasta que las necesidades de la naturaleza, al no ser satisfechas, dieran fin a su miserable existencia. Es verdad: es muy poco de temer un suceso tan fatal. La naturaleza es siempre demasiado fuerte para la teoría. Y aunque un pirroniano se precipitara a sí mismo o a otros, a un momentáneo asombro y confusión con sus profundos razonamientos, el primer y más trivial suceso en la vida pondría en fuga todas sus dudas y escrúpulos y le igualaría en todo punto de acción y de especulación a

los filósofos de todas las demás sectas, o a aquellos que nunca se ocuparon de investigaciones filosóficas. Cuando despierte de su sueño, será el primero en participar en la risa contra él y en confesar que todas sus objeciones son un mero entretenimiento y no pueden tener otra finalidad que mostrar la convicción caprichosa de la raza humana que ha de actuar, razonar y creer, aunque no sea capaz por investigación diligente de satisfacerse acerca del fundamento de sus operaciones, o de vencer las objeciones que se puedan levantar contra ellos [161].

Parte III

Ciertamente hay una especie más *moderada* de escepticismo o filosofía *académica* que puede ser a la vez dura y útil y que puede, en parte, ser el resultado de este pirronismo o escepticismo *excesivo*, cuando el sentido común y la reflexión, en alguna medida, corrigen sus dudas imprecisas. La mayoría de la humanidad tiende naturalmente a ser afirmativa y dogmática en sus opiniones y, mientras ven objetos desde un solo punto de vista y no tienen idea de los argumentos que lo contrarrestan, se adhieren precipitadamente a los principios a los que están inclinados y no tienen compasión alguna con los que tienen sentimientos opuestos. Dudar o sopesar algo aturde su entendimiento, frena su pasión y suspende su acción. Por tanto, están inquietos hasta que escapan de un estado que les resulta tan incómodo y piensan que nunca se podrán alejar suficientemente de él con la violencia de sus afirmaciones y la obstinación de su creencia. Pero si pensadores tan dogmáticos pudieran volverse conscientes de las extrañas debilidades del entendimiento humano, incluso en su estado más perfecto, cuando es más preciso y cauto en sus determinaciones, tal reflexión, por supuesto, les inspiraría mayor modestia y reserva, y disminuiría su buena opinión de sí mismos y su prejuicio contra sus antagonistas. Los analfabetos pueden reflexionar sobre el estado de ánimo de los instruidos que, en medio de todas

sus ventajas de estudio y reflexión, normalmente están todavía inseguros, y si cualquiera de los instruidos estuviera inclinado por temperamento al orgullo y a la obstinación, una pequeña dosis de pirronismo podría aplacar su orgullo, al enseñarle que las pocas ventajas que ha adquirido sobre sus semejantes son insignificantes si se las compara con la perplejidad y confusión universal inherentes a la naturaleza humana. En [162] general hay un grado de duda, de cautela y modestia que, en todas clases de investigaciones, debe acompañar siempre al razonador cabal.

Otra clase de escepticismo *mitigado*, que puede constituir una ventaja para la humanidad y que puede ser el resultado natural de la duda y escrúpulos pirronianos, es la limitación de nuestras investigaciones a los temas que estén mejor adaptados a la estrecha capacidad del entendimiento humano. La *imaginación* del hombre es naturalmente sublime, se encanta con lo que esté alejado o sea extraordinario, y corre incontrolada a los lugares más distantes del espacio y del tiempo para evitar objetos que la costumbre le ha hecho demasiado familiares. Un *juicio* correcto sigue un método contrario y, evitando toda investigación distante y elevada, se limita a la vida corriente y a los temas diarios, dejando las cuestiones más sublimes al embellecimiento de los poetas y oradores, o a las artes de clérigos y políticos. Para hacernos llegar a tan saludable disposición, nada puede ser más útil que estar convencidos de la fuerza de la duda pirroniana y de la imposibilidad de que algo más que el fuerte poder del instinto natural nos pueda librar de ella. Los que tengan una propensión a la filosofía aún continuarán sus investigaciones, porque reflexionan que, además de su placer inmediato al dedicarse a esta ocupación, las decisiones filosóficas no son más que reflejos, sistematizados y corregidos, de la vida diaria. Pero nunca estarán tentados de ir más allá de la vida común, mientras tengan en cuenta la imperfección de las facultades que emplean, su estrecho alcance y la imprecisión de sus operaciones. Mientras no podamos dar una razón satisfactoria de por qué creemos, tras mil

experimentos, que una piedra caerá o que el fuego quemará, ¿podremos darnos por satisfechos en lo que respecta a cualquier determinación que nos formemos con respecto al origen de los mundos y la situación de la naturaleza, desde la eternidad y para la eternidad? [163].

Ciertamente, esta estrecha limitación de nuestras investigaciones es, en todas sus dimensiones, tan razonable que basta hacer la más mínima investigación de los poderes naturales de la mente humana y compararlos con sus objetos para hacérsela recomendable. Entonces encontraremos cuáles son los temas propios de la ciencia y de la investigación.

Me parece que los únicos objetos de las ciencias abstractas o de la demostración son la cantidad y el número, y que todos los intentos de extender la clase más perfecta de conocimiento más allá de estos límites son mera sofistería e ilusión. Como las meras partes componentes de cantidades son totalmente similares, sus relaciones se hacen intrincadas y complejas, y nada puede ser más interesante y útil que averiguar, por una variedad de medios, su igualdad o desigualdad a través de sus distintas apariciones. Pero como todas las demás ideas son claramente precisas y diferentes entre sí, jamás podremos, incluso con mayor escrutinio, avanzar más allá de la observación de esta diversidad y, por obvia reflexión, establecer que una cosa no es la otra. O si hay alguna dificultad en estas decisiones procede totalmente del significado indeterminado de las palabras, que se corrige con definiciones más correctas. No puede conocerse que *el cuadrado de la hipotenusa es igual al cuadrado de los otros dos lados*, por muy precisamente que estén definidos los términos, sin un proceso de razonamiento e investigación, pero para convencernos de la siguiente proposición: *donde no hay propiedad, no puede haber injusticia*, sólo es necesario definir los términos y explicar la injusticia como una violación de la propiedad. La proposición, ciertamente, no es sino una definición imperfecta. Ocurre lo mismo con aquellos aparentes razonamientos silogísticos que se pueden encontrar en todas las regiones del saber,

salvo en las ciencias de cantidad y número: y éstos pueden tranquilamente, creo, considerarse los únicos objetos propios de conocimiento y demostración.

Todas las demás investigaciones de los hombres conciernen sólo cuestiones de hecho y [164] existencia. Y, evidentemente, éstas no pueden demostrarse. Lo que es, puede *no ser*. Ninguna negación de hecho implica una contradicción. La no existencia de cualquier ser, sin excepción alguna, es una idea tan clara y distinta como la de su existencia. La proposición que afirma que no es *, por muy falsa que sea, no es menos concebible e inteligible, que la que afirma que es. El caso es distinto con las ciencias propiamente dichas. Toda proposición que no es verdad es confusa e ininteligible. Que la raíz cúbica de 64 es igual a la mitad de 10, es una proposición falsa y jamás podrá concebirse distintamente. Pero que César o el ángel Gabriel o cualquier ser nunca existió, podrá ser una proposición falsa, pero de todas formas es perfectamente concebible y no implica contradicción.

Por tanto, la existencia de cualquier ser sólo puede demostrarse con argumentos a partir de su causa o de su efecto, y estos argumentos se fundan exclusivamente en la experiencia. Si razonamos *a priori*, cualquier cosa puede parecer capaz de producir cualquier otra. La caída de una piedrecita puede, por lo que sabemos, apagar el sol, o el deseo de un hombre controlar los planetas en sus órbitas. Sólo la experiencia nos enseña la naturaleza y límites de causa y efecto y nos permite inferir la existencia de un objeto de la de otro **. Tal es el fundamento del razonamiento moral, que forma la mayor parte del conocimiento humano y es la fuente de toda acción y comportamiento humanos.

* Por muy falsas que sean. Añadido en la edición F.

** El principio impío de la filosofía antigua, *ex nihilo, nihil fit*, por la que se excluyó la creación de la materia, deja de ser un principio según esta filosofía. No sólo la voluntad del Ser Supremo puede crear la materia, sino también, por lo que sabemos *a priori*, la voluntad de cualquier otro ser pueda crearla, o cualquier otra causa que pueda la más caprichosa imaginación vislumbrar.

Los razonamientos morales conciernen a hechos generales, o a hechos particulares. Todas las deliberaciones en la vida conciernen a éstos, así como también todas las disquisiciones históricas, cronológicas, geográficas y astronómicas [165].

Las ciencias que tratan hechos generales son la política, la filosofía de la naturaleza, la física, la química, etc., donde se investigan las cualidades, causas y efectos de una especie entera.

La teología, como demuestra la existencia de una divinidad y la inmortalidad de las almas, se compone en parte de razonamientos sobre hechos particulares, en parte de razonamientos sobre hechos generales. Tiene su fundamento en la razón en la medida en que está apoyada por la experiencia, pero su mejor y más sólido fundamento es la fe y la revelación divina.

La moral y la crítica no son tan propiamente objetos del entendimiento como del gusto y del sentimiento. La belleza, moral o natural, es sentida más que percibida. O si razonamos acerca de ella e intentamos fijar su patrón, consideramos un hecho nuevo, a saber: el gusto general de la humanidad o algún hecho que pueda ser objeto de razonamiento o investigación.

Si procediéramos a revisar las bibliotecas convencidos de estos principios, ¡qué estragos no haríamos! Si cogemos cualquier volumen de Teología o metafísica escolástica, por ejemplo, preguntemos: *¿Contiene algún razonamiento abstracto sobre la cantidad y el número?* No. *¿Contiene algún razonamiento experimental acerca de cuestiones de hecho o existencia?* No. Tírese entonces a las llamas, pues no puede contener más que sofistería e ilusión.

Prólogo de Jaime de Salas Ortueta	7
Sección 1. <i>De las distintas clases de filosofía</i> ...	19
Sección 2. Sobre el origen de las ideas	32
Sección 3. De la asociación de ideas	39
Sección 4. Dudas escépticas acerca de las operaciones del entendimiento	47
Sección 5. Solución escéptica de estas dudas ...	63
Sección 6. De la probabilidad	80
Sección 7. De la idea de conexión necesaria ...	84
Sección 8. De la libertad y de la necesidad ...	104
Sección 9. De la razón de los animales	128
Sección 10. De los milagros	133
Sección 11. De la Providencia y de la vida futura.	159
Sección 12. De la filosofía académica o escéptica.	176